

fluos el sol y la luna. ⁽¹⁾ ¡Cuán felices debemos considerarnos, si logramos vivir bajo la dirección de Dios y según su voluntad! Como cristianos, vivimos por Dios, con Dios y en Dios; pero cuando entremos en la vida eterna, como ciudadanos, como hijos y como herederos de este reino, el mismo Dios será nuestro todo en todo, nuestra vida. ⁽²⁾

(1) Apocal., XXI, 23.

(2) Cf. Augustin., S. 297, 8.

CONFERENCIA XXI

LA VIDA DE LA FE

1. Felicidad que encuentra un niño católico en su fe.—El ser más feliz de la tierra es el que no conoce cuán feliz es. De aquí que envidiemos á todo niño católico. En verdad, no sospecha la felicidad que le envuelve. La luz de la fe se refleja en su frente y atrae sobre ella todas las miradas. El joven corazón que vive bajo las alas del amor materno, en un contento celestial, sabe todavía muy poco de la aldea que ha nacido, pero ya eleva su vuelo, lleno de infantil alegría, á la región de lo infinito, su patria definitiva. Juega tan familiarmente con los ángeles, como si fuesen sus hermanos. Como la abeja revolotea de flor en flor, así vuela el pequeño ser por los espacios celestiales, como por su propia casa, pregunta á todos sus habitantes ó les cuenta alguna cosa. Cuando ha terminado con los santos, corre hacia su Madre, la Reina del cielo y de la tierra, y cuando ha charlado hasta fatigarse, se duerme lleno de abandono á los pies de Dios, su Padre, en cuya vecindad se encuentra muy á gusto su corazón. ¡Cuán á sus anchas se siente allí! ¡Con cuánta buena voluntad quiere hacerlo todo, sufrirlo todo, con tal que un día pueda tan sólo reposar cerca de Él!

¡Oh edad feliz en que la fe vive y reina en el corazón! ¡Ah si jamás desapareciese, si todos pudiesen conocerla! Paz de la conciencia y felicidad del corazón; he aquí todo lo que el niño conoce en el candor de su fe. No tiene idea alguna de la reparación, de la disputa, de la división que en el corazón engendra la duda. Nuestros niños, nuestros

jóvenes, que tienen la dicha de crecer al amparo de una vida verdaderamente católica, no conocen esas sombras tenebrosas, esa amargura, con que el Protestantismo, con su enseñanza sobre la confirmación, y sus doctrinas llenas de distingos, turba la sinceridad silenciosa de la fe en los jóvenes corazones. Puedense encontrar entre nosotros hombres que han terminado su educación y su instrucción y que no temen un examen severo sobre lo que están obligados á saber; pero si se les preguntase en qué los protestantes se distinguen de los católicos, se verían muy embarazados para contestar, y quizás dirían que no pueden comprender cómo nuestros hermanos separados son tan duros para con ellos, y para con los que les son queridos, para negar la doctrina del purgatorio. Quizás expresarían su asombro al encontrar tan poco corazón y amor en ellos y en nuestro Señor Jesucristo, para vivir en el error relativamente al amor para con su Madre amadísima. ¿Estarían entonces al cabo de su ciencia? No; todavía sentirían algún peso sobre su corazón, á menos que no fuesen iluminados de tal modo, que sonriesen ahora de lo que miraban antes como uno de los agravios principales contra ellos. Cuando éramos niños, nos fijábamos en que considerábamos como la más grande, si no como la única diferencia entre los protestantes y nosotros, el hecho de que, como ordinariamente ocurre entre los paganos, ⁽¹⁾ celebran el aniversario de su nacimiento, mientras nosotros celebramos la fiesta del santo, cuyo nombre nos impusieron en el bautismo.

2. La fe en la inteligencia: amplitud de miras, ideal, sabiduría.—Quizás sea este un pensamiento muy infantil por nuestra parte; pero los niños aprecian la verdad, están todavía muy poco familiarizados con la mentira. Así, pues, por insignificante que la cosa parezca, encuentran en realidad en esto un punto, sobre el cual, la diferencia en-

(1) Así los persas (Herodot., 1, 133; 9, 110. Xenoph., *Cyrop.*, 1, 3, 10); los egipcios (Genes., 40, 20; Cf. Herodot., 2, 82); los griegos (Plato, *Leg.*, 6, 784, d. Diogen. Laert., 4, 41; 10, 18), y muy particularmente los romanos (Plin., 10, *Ep.* 89. Horat., *Ep.* 2, 2, 210), cosa que imitó también el rey Herodes (Matth., 14, 6).

tre el pensamiento de aquél que está animado de miras terrenales y el del que se siente penetrado del espíritu de la fe, se manifiesta de una manera evidente. Allí donde no se piensa más que en el mundo, se celebra el cumpleaños como un día de alegría. Allí donde uno ha sido juguete de numerosas ilusiones, está de duelo cuando nace un hombre, y de fiesta cuando muere. ⁽¹⁾ Así obraba el Paganismo en su pesimismo. La mayor desgracia para un hombre consistía en nacer; la mayor dicha era la de no nacer, y la dicha que le seguía inmediatamente consistía en morir cuanto antes.

Ambos errores son extraños al Cristianismo. La vida y la muerte causan al cristiano exactamente tanta dicha como dolor. ⁽²⁾ Para él, la vida natural es igualmente un gran bien, por el cual debe á Dios infinitas gracias. La fe no le ofrece razón alguna para despreciar su vida. Sin embargo, no podemos regocijarnos por completo del día en que la empezamos. Sabemos que hemos visto la luz bajo la opresión de la desgracia de Dios. La vida no se convierte para nosotros en ocasión de pura alegría más que en el momento en que la gracia de Dios nos ha regenerado. Así es como el juicio sobre la cosa más natural cambia, según el punto de vista terrenal y el punto de vista de la fe. Si uno lleva la antorcha de la fe á los enigmas más oscuros de la existencia, ve en el menor acontecimiento cosas completamente distintas y mucho más elevadas que antes, en tanto que el débil resplandor de su razón ilumina únicamente la superficie de las mismas. Evalúa la entrada en el tiempo según la medida de la eternidad, y todo lo que se le ofrece en el mundo, sea grande ó pequeño, es pesado por él en la balanza del santuario, la cual atribuye, aun á lo que hay de

(1) Así muchos pueblos tracios (Herodot., 5, 4, 2; Mela, 2, 2; Valer. Max. 2, 6, 12). Los gaditanos (Philostratus, *Vita Apollon.*, 5, 4), ib., los gymnosophitas y los brahmanes (Strabo, 15, 1, 59). Cf. Plutarch, *Quaest. Rom.*, 26; Statius Sylv., 3, 3, 3.

(2) Bernard., *Ep.* 100.

más pequeño, un valor eterno, y á lo que hay de más grande, su verdadero valor.

Pero, bajo este concepto, el espíritu de la fe tiene una empresa muy grande que cumplir, por cuanto los juicios y la manera de ver de los hombres, son con frecuencia muy extraños. Aun en las cuestiones puramente científicas, hácese á veces experiencias que asombran. ¡Cuán estrecha es en ocasiones la esfera de las concepciones de los hombres de letras y de los sabios! No es raro encontrar un investigador, para el cual, el mundo entero se encierra en una pequeña ciudad, en la cual estudia él historia desde hace treinta años. Para él, fuera de este rincón, la vida es como una barricada. Un motín en un hotel, un banquete á la salida de un bautismo, de un siglo de fecha, son mucho más importantes para él que la destrucción de Jerusalén, ó de la biblioteca de Alejandría. La astronomía, las ciencias naturales y la lingüística, en una palabra, toda ciencia que no pertenezca á su especialidad, no existe para él, ni comprende cómo un hombre razonable puede ocuparse en semejantes niñerías. Todos se burlan de él y le llaman pedante; pero ¿acaso ese profesor es el único de su especie, para que se burlen de él? ¡Cuántos nombres ilustres podríamos citar que no son más que una variación de este pedante! Sólo ven lo que acometen de frente; sólo sienten lo que tocan; y si una bagatela traspasa un ápice el modelo que se han formado, todo da vueltas en su cabeza, como si un terremoto lo hubiese todo destruido.

Si el espíritu humano es tan miope en las cosas del mundo, ¿cuánto más no lo será en las cosas en que sólo la fe puede dar fuerza y luz? ¡Qué diferencia, cuando comparemos los espíritus del mundo con los de la fe! Para esto, no necesitamos que se presenten sucesos extraordinarios ó actos heroicos, ya que precisamente vemos al hombre tal cual es en las pequeñas cosas, y en las ordinarias es donde despliega su verdadera naturaleza. He aquí, por ejemplo, un pequeño incendio que ha estallado en la cocina ó en el cuarto de la criada. No es de ésta la falta, sino de su

amo, hombre distinguido, bien considerado, pero de sordida avaricia. El daño no vale la pena de mencionarse, pero el amo pierde la cabeza, se pone furioso, y á los tres días, aún no se ha serenado, y continúa amenazando á la criada con la policía, con la indemnización de los perjuicios y con el despido. Pero la pobre joven ha perdido todo lo que poseía, sus vestidos, sus pequeñas economías; sólo le resta una cosa, ella misma, y con esto no necesita buscar consuelos artificiales ni auxilio, en medio de todas las injurias que recibe en recompensa de las pérdidas que ha sufrido, sino que encuentra su amparo en sí misma, en su fe, en la Providencia divina. La fe le enseña que aquella desgracia no le hubiese sucedido, si Dios no la hubiese permitido. La fe la tranquiliza con la certeza de que Dios, en todo caso, habrá logrado sus propósitos, y esto basta para consolarla en medio de sus dolores.

Tenemos en esto uno de esos contrastes que se ven centenares de veces: el contraste entre el espíritu del mundo y el de la fe.

Para examinar la materia bajo otro aspecto, tomemos al jefe de un gran partido, del cual hablan á toda hora los periódicos de su país y del extranjero; tomemos un sabio de primer orden, una autoridad europea en el campo de la estadística. Sabe todo lo que hay bajo la capa del sol en materia de informes de policía, de obras, de viajes, de cuadros estadísticos. Pero lo que no se puede contar ni pesar, no existe para él. Por otra parte, las cosas que no entran en su especialidad le interesan menos que lo que interesa á un aldeano el cometa que ha perdido de vista un astrónomo. A sus pies juega, con la cándida inocencia de la temprana edad creyente, el más pequeño de sus hijos. Sin duda que este no tiene la menor idea de la ciencia que roba á su padre tantas noches, pero sus pensamientos van mucho más lejos que los del sabio. Piensa en los pobres niños paganos de la China y del Japón con más amor que en sus hermosos juguetes. Cuando comienza á orar, casi tiene más reclamaciones que hacer á Dios, que un religioso

á quien todo el mundo acaba de confiar sus miserias. Pero ya más entrado en años, apenas sabe por dónde comenzar y por dónde terminar su oración; tan numerosos son los intereses de que se ha encargado como si fuesen los suyos propios. Los que languidecen en las tinieblas de la incredulidad, los que están ligados con las cadenas del pecado, los que luchan con la muerte, los príncipes, los pueblos, los mensajeros de la fe y los mensajeros de la Iglesia, son para él tan dignos de interés como él mismo. Los sufrimientos de los que han abandonado la tierra antes de haber terminado su purificación, le enternecen más profundamente que sus propios dolores. Sufre con alegría para testimoniarles su amor. Está en relación tan íntima con todos los grandes héroes del sacrificio y de la energía, con todas las hermosas almas que en el transcurso de los siglos han sido, con sus virtudes, ornamento de la tierra, como con su propia madre. Ignora los límites del tiempo y del lugar; vive y siente con la eternidad.

Tal es el horizonte que la fe le ha abierto en su infancia y que se dilatará cada vez más con los años, mientras ella permanezca viviente en él, horizonte que precede de mucho á sus disposiciones intelectuales y á su desenvolvimiento.

Del mismo modo que Dios, desde lo alto de su trono, ve de un solo golpe de vista el encadenamiento y curso de las cosas, que, semejantes á montañas elevadas y á océanos inmensos, quitan al hombre toda vista más vasta, así también el ojo de la fe abarca con sorprendente rapidez la marcha é importancia de los acontecimientos. Muchos han visto ya, para su mayor vergüenza, cómo hombres sencillos distinguen fácil y seguramente el fondo de una cosa que ellos, tras largos y serios estudios, están en disposición de explicar menos que antes. El hecho se había producido antes que ellos pudieran salir de su sorpresa. Aquellos hombres no se habían dejado engañar ni por la alegría exagerada ni por el desdén; conocían exactamente el valor de la cosa y el resultado que produciría; y muy pronto

los que lo contemplaban viéronse obligados á darle la razón y á confesar que su inteligencia y erudición no les habría proporcionado, aun desde el punto de vista natural, lo que la luz de la fe á aquellas almas sencillas. Al elevarse por la fe hasta Dios, ven ellos las cosas desde la altura de Dios, por no decir con la luz de Dios.

He aquí la recompensa de la fe, una elevación, una profundidad, una extensión, una penetración, una claridad de vista y una exactitud de concepción tales como no las puede dar ninguna ciencia natural. No es ciertamente la erudición y la ciencia lo que da la fe, sino algo más elevado, la prudencia y la sabiduría divina. ⁽¹⁾

3. La fe en el corazón: magnanimidad, generosidad, entusiasmo.—Ahora bien, como juzga y piensa el hombre, así obra de ordinario. Una manera de pensar verdaderamente sublime debe producir un gran corazón; una esfera de concepciones estrechas, produce, por lo contrario, la estrechez del corazón. Con esto hemos hallado la razón propiamente dicha por la cual tienen tantos hombres limitadas concepciones y son tan vacilantes, tan débiles en la fe, desde que se trata de soportar algo, de sacrificar, de olvidar, de atreverse á una acción insignificante por Dios y por la salud de su alma. ¿Debemos suponer que no comprenden lo que es el bien? ¿No son, pues, capaces de entusiasmarse por lo que es noble? ¿Acaso creen que Dios puede exigir demasiado de ellos? ¿Temen que les quite lo que les ha dado? No; en el caso presente, no se trata de comprensión, sino de valor. No depende esto de la cabeza, sino del corazón; éste es el que hace al hombre tan estrecho y tan pequeño. Así, pues, del corazón debe partir éste, si quiere mostrarse grande y sublime.

¿Queremos decir con esto que puede y debe pasar por alto todas las dificultades, como si no existiesen? Abandonamos tales expresiones á los estoicos. Sí, los sacrificios que la vida exige son numerosos, grandes y penosos. Sí,

(1) Cf. Thomas, 1, 2, q. 57, a. 2, 5, 6; q. 66, a. 5.—2, 2, q. 19, a. 7; q. 45, a. 1, ad 3; a. 6, ad 3.

la vida no es un chiste, la vida es seria, á veces, terriblemente seria. Fuerza se necesita para soportarla hasta el fin y apurar hasta las heces el cáliz de amargura. El que pueda hacer esto, sin perder el valor y sin murmurar, es un héroe digno del honor del martirio. Un hombre paciente vale más que un hombre valeroso, y el que sabe dominarse, vale más que el que toma por asalto las ciudades. ⁽¹⁾ Por todas partes se encuentran temerarios que se lanzan ciegamente hacia adelante, cuando se ven arrastrados por la tormenta mugidora; pero es sumamente raro encontrar héroes que sigan haciendo fuego con los ojos abiertos, sin avanzar ni retroceder, y que permanezcan así, aun cuando ningún socorro se acerque ni les aguarde honor alguno. Pero saber si el mundo—hablamos del mundo sin Dios—ha producido desde su principio hasta la hora actual muchos de esos hombres que consumen su vida en un sufrimiento que no llama la atención de nadie, que perseveran en medio de las vejaciones, que soportan la persecución y el olvido, sin defenderse, sin compensación alguna, y esto, no por jactancia, no por orgulloso desprecio, sino con calma modesta, con humilde sentimiento de penitencia, con miras caritativas para con sus enemigos, he aquí lo que le dejamos para que él mismo lo decida.

Pero mientras no logre poner fin á este exceso de cobardía, con el que se ha deshonrado en todo tiempo, tanto en los antiguos como en los modernos,—hablamos del suicidio practicado por principio—hará bien en no intentar responder á esta cuestión. Mientras que el heroísmo de los guerreros romanos é indos, mientras que toda la civilización de los vividores griegos y modernos, mientras que todo el orgullo de la filosofía estoica no se encaminen más que á hacer abandonar cobardemente el teatro de la vida, á la primera prueba seria, sostendremos que el mundo ni siquiera posee la fuerza de soportar la existencia, ni, con mayor razón todavía, la de vivir dignamente.

(1) Prov., XVI, 32.

Ahora bien, la fe cifra su gloria, no sólo en inspirar á sus adeptos la fuerza para llegar á esto, sino la alegría de realizarlo; y sólo con esto, prueba ella su superioridad sobre el mundo y su sobrenaturalidad. A este fin, impone Dios á sus servidores, muchas pruebas particulares, y no los hace insensibles al dolor; por lo contrario, les hace sentir éste con más intensidad, á fin de demostrarles, á ellos y al mundo, que si acaban por vencer, no lo hacen con sus propias fuerzas, sino con las de Él.

Tenemos uno de estos ejemplos en Adela de Blois y en su esposo Esteban. Éste había tomado con gran fe la cruz para conquistar la Tierra Santa con Godofredo de Bouillón; pero el amor de aquélla que le había demostrado más cariño que el mundo entero, le movió á volver á sus Estados, antes que la santa cruz resplandeciese sobre los muros de Jerusalén. Pero conocía ella muy bien los grandes sacrificios que el guerrero había hecho para renunciar á este honor, por lo que le hizo volver á la Cruzada, sin darle siquiera un abrazo. Mostróse él digno de su grandeza de alma; volvió á Tierra Santa, sacó de nuevo la espada, y encontró la más heroica muerte que pueda darse, la muerte por la fe de Jesucristo. ⁽¹⁾ Aplicaré aquí á la letra esta sentencia: «Nuestra fe es la victoria que vence al mundo.» ⁽²⁾

Con la fuerza de esta fe, han sacrificado y han sufrido los santos lo que Dios les ha impuesto, y se han impuesto á sí mismos libremente inagotables sufrimientos para más asemejarse á Jesucristo. En virtud de esta fuerza, burlóse Lorenzo de sus verdugos, diciendo á Tiburcio que los carbones encendidos le parecían rosas. En virtud de esta fuerza, lanzaba Andrés gritos de júbilo al ser clavado en la cruz, y exclamaba: ¡«Oh cruz querida, cuánto tiempo te he deseado! ¡Por fin te poseo; hazme semejante á mi Señor!» En virtud de esta fuerza, Catalina de Sena rechazó la corona de oro, tomó la corona de espinas y la colocó sobre su cabeza.

(1) Ivo Carnot., *Ep.* 86 (Migne, 162, 455).—(2) I Joan, V, 4.